HOMENAJE A COMPANYS: EUSKADI, GRACIAS

Josep M. Figueres (*)

ASISTI a los actos del Ihesa eta eskuetaratzea zubian de homenaje a Companys en Irun. Trás un rápido viaje de regreso escribo, frescos todavía los verdes tonos de estos valles nacidos libres y con sensaciones varias en el recuerdo y la alegría de las emociones compartidas entre vascos y catalanes y no resisto a expresar unas palabras de gratitud hacia el recuerdo de más instantes de historia común entre vascos y catalanes. Me ayuda a esta escritura el Donostiako Orfeoia y Imuntzo eta Beloki, cargados de nuevas melodías que amablemente me recomendaron en la liburudenda Hontza de la Okendo kalea donostiarra y que suenan mientras redacto trayéndome otra vez el canto preparado de las cuatro corales que contribuyeron con su voz épica y lírica a la belleza del homenaje. Claro está que pude ser afortunado al vivir unos instantes llenos de la plenitud en la evocacíón de un triste pasado que fue la mayor desgracia del siglo XX en la maltratada piel de toro. Más afortunado fuí al terminar, saliendo, por un azar, envuelto por el blanco y negro de las doncenas de cantores, jóvenes unos, con barba veterana otros, y unidos en la belleza de una plenitud todos. Me envolvieron sin darme tiempo a dejarles pasar y, encerrado en ellos, cantaban individualmente, a su aire, regresaban a sus casas saliendo del puente, y era fuera de programa, y cantaban. Había cerrado Elogiarrada diciendo "Y esto ha sido todo". Pero para mí hubo más. Los cantores habían escuchado a unos viajeros que sin ensayos habían cantado un himno de resistencia a la asimilación y a la destructción de la identidad. Los cantores vascos escucharon Els Segadors no en la versión del Orfeó Català sino en la abigarrada y desentonada de una muchedumbre en mescolanza que ponía más pasión que arte aunque con sinceridad y naturalidad. Los cantores respondieron con un himno, del que salían estentóreos o roncos goras y recuerdos a los vascos alejados de sus casas y no por voluntad turística. Mi recuerdo era para todos los vascos, para los luchadores condenados en tribunales españoles y para los ciudadanos vascos amenazados que han debido salir de su tierra como lo fueron catalanes en 1936 ante amenazas. La estética y emoción del canto vasco improvisado me envolvió y contemplaba un deseo de libertad y un pensamiento que flotaba como el fragor de un perfume, fugaz, intenso, que brillaba con luz impresionate y forjaba la emoción de un instante eterno. A estos anónimos cantores muchas gracias por dejarme estar, como otros miles de catalanes, entre ellos. Desde la chica que, en tono intenso hacía un tono intensísimo vibrando lengua aguda, que me recordó el grito de las argelinas ante las tropas coloniales francesas, hasta el conjunto de los grupos que, cerrado el acto, cantaban un himno de adios pero tranquilos que el camino será todavía largo. Gracias cantantes por aquellas melodias y por conservarlas y poderlas ahora escuchar otra vez. Vivir, sentir, recordar, vivir.

Fue un acto bello. Apretujados vascos y catalanes en el breve calor de una noche amenazante de lluvia de la que nos libramos por ignotas razones. Volvió el frío y el viento, el agua agresiva. Y me gusto que así fuera. Pensé que de este modo veriamos con más proximidad lo que fue el exilio de aquel 39 frío y duro con las montañas nevadas travesadas por catalanes o el puente que pisaban los bascos sin volver la vista atrás. Fue un acto bello. Contó con los habituales parlamentos institucionales pero lo que sobrecogió el ánimo fue una escenografía de tal fuerza humana y calidad visual que nos trasladó sin esfuerzo a un tiempo pasado pese a que duros comportamientos españolistas nos lo acercan impidiendo la armonía de la libertad de los pueblos en su camino hacia la justicia como deseo compartido de sus habitantes. Derecho a la vida, claro, derecho a la independencia por supuesto, y en medio un camino que no es de rosas y rasos.

Instantes antes del inicio de los parlamentos ya queríamos preparar el ánimo en la recepción en el ayuntamiento de Irun pero no pudimos entrar al no figurar en la lista de invitados pese a ser convidado a formar parte comite de honor del acto de Companys. Claro está que si hubieramos ido los setenta y dos que dicen los diarios que eramos dicho comité quizás no hubieramos cabido todos. En fin, no eramos ni político ni "peix gros" (pez gordo) como nos dijo el catalán de organización y no pudimos entrar pero es igual. Las pancartas con el nombre de Companys al viento, los carteles iluminados anunciando el acto, las ikurriñas solitarias y sin acompañamiento y algún cartel en los balcones con la triste evocación al recordar a bascos encerrados a mil quilometros de sus familias, nos traía unas imágenes de país duro como las piedras y leños que resisten al tener un alma impecable. Entretanto al saludar a Heribert Barrera se nos acercó Arzalluz y pude saludarlo. Instantes después lo ví fotografíándose con el joven al que había vapuleado la ertzaina y que protagonizó el incidente con la bandera independentista catalana durante los quinze minutos de silencio. Quitó todo hierro al hecho e hizó una reconciliación de aquel joven apasionado con los políticos que defienden ideas populares. Mi hijo también quería saludar a Arzullaus. Me dijo que le quería decir lo mucho que le gusta su claridad expositiva en los breves momentos televisios que aparece en los informativos. Mi hijo tiene el empuje nacionalista puro de los quince años y desea que la libertad de los pueblos no sean palabras que los políticos usen como comodines sino que las sientan siempre. Mi hijo nota un brillo en los ojos del líder vasco y comparte con él el deseo de una Euskal Herria soberana.

Ya al entrar en Irun nos alegraron unas pancartas donde el nombre de Lluís Companys iba acompañado de una palabra en vasco que desconocemos. Imaginamos que querría decir homenaje o presente. La unión de dos los elementos catalán y vasco nos mostraba la constancia en las incomprensiones y las dificultades para una colaboración conjunta. El ejemplo de la Declaración de Barcelona era presente. Deseabamos que pudiese aumentar su eficacia y que fuera el planteamiento de un ideal en el que los reconocimientos no tuvieran que ser arrancados constantemente y que no hubiese la condescendencia hacia la diferencia sino el respeto desde la igualdad. Para llegar aquí sólo con fuerza podremos hacerlo.

Bien se podría hablar entonces de otra España que no sometiera a la opresión, amparándose en la mayoría ante la diferencia, los deseos de libertad aplastados por las leyes que contemplan las mayorías estatales y rechazan las mayorías nacionales. A los que escribieron e hicieron este documento para ser un poco más libres y que, para mi, estaba en el trasfondo de lo que queríamos los asistente, gracias.

Al ser uno más de los catalanes que vino me agradaría escribir gracias al Gobierno vasco, a los ayuntamientos, a los voluntarios, a los cantores de cuatro corales, a los actores, a Sastre por su terrible texto cargado de evocaciones líricas y de necesidades de justicia, a Elogiarra, y, gracias, en suma, a un conjunto de personas que desde el anonimato, -aquel guardia, aquella ambulancia, áquel técnico- contribuyeron a que un sueño de homenaje fuera una emotiva realidad. La recreación de un drama colectivo como fue el exilio que se vio, más allá de las fotos de grupo, en blanco y negro y que no reflejan nunca la realidad de lo que fue. Vimos pasar saliendo del hogar ancestral a matrimonios con hijos, a parejas jóvenes y a parejas viejas, incluso la carreta de bueyes y la grandeza del caso es que el viento que nos azotaba unido a la espesura de la noche más la niebla artificial que se creó y los gemidos de una canción innominada que resonaba lúgubre como el lamento colectivo de un adios al hijo o al padre muerto y el sonido de unos instrumentos telúricos, daban tal impresión a los espectadores que para evitar el llanto liberador notaba, al ir pasando por el puente los actores que retrataban al pueblo huido, como mis vecinas dos mujeres de cierta edad, una a mi lado y otra en la fila de delante, se apretaban la mano con el recuerdo todavía vivo. Se decían al tacto: aguanta. Aquello, ciertamente no era una mise en escene de bambolinas, era vida en la vida.

Por estas emociones euskaldunes a los actores que con cojera senil y con candor de niña que no comprende, muchas gracias. Por el recuerdo a un presidente popular fusilado al que no se le puede hacer decir nada en relación al presente, está silencioso desde un fatídico 15 de octubre de 1940, muchas grácias. Y por el nacionalismo de una coalición al frente del gobierno catalán que recogió en 1990 y lo hace ahora en el 2000, un aniversario de dolor pero de esperanza en un futuro libre, también gracias. A la ciudad de Irun que fue amfitriona y testigo, protagonista y cronista, también muchas gracias.

(*)Historiador

SEPTIEMBRE NOSTALGICO

Charo Intxausti (*)

EL final del verano viene acompañado de un cierto poso de melancolía que penetra en nuestro interior de una manera tan solapada que poco a poco consigue adormecer nuestros sentidos como el susurro cadencioso de una nana. Un cierto temor a la rutina, coquetea con las últimas brasas de exaltación expansiva y desenfadada del verano. La incertidumbre ante el futuro ganador hacer que el desasosiego se aposente durante un tiempo en nuestras vidas y toda la gama de malestares físicos y psíquicos irrumpan, logrando minar nuestras fuerzas hasta dejarnos extenuados.

Se desea el cambio pero a la vez se desea la vuelta a lo cotidiano, ¿cómo compaginar estos dos deseos tan antagónicos en sí mismos?

El verano es una estación suspendida en el tiempo y ajena a él, un momento propicio para dejarse llevar sin planteamientos y sin objetivos, es un bien que hay que saber disfrutarlo pero también aceptarlo como un momento puntual, un parón que se nos oferta. Pero ¡ay! también ese tiempo tratamos de planificarlo tan meticulosamente para que el vacío no nos coja desprevenidos que cuando llega de nuevo el tiempo cronometrado y fijo del quehacer cotidiano, no nos hemos concedido tiempo para dar rienda suelta a la espontaneidad, al dejarse llevar por el aquí y ahora, al disfrutar de un momento apacible sin prisas, al valorar el hecho de despertar a un nuevo día; un bien en sí mismo que a veces se nos olvida.

Cuando uno es capaz de pararse sin expectativas añadidas, ni el mundo del trabajo cotidiano ni el del descanso están tan diametralmente divididos porque sólo en apariencia uno está ocupado u ocioso, su mente libre de prejuicios visualiza un panorama tan fructífero de posibilidades que su vida se convierte en un proyecto permanente y la rutina y el desencanto se disipan como las nubes acariciadas por el viento en su largo devenir.

(*) Psicóloga